

heraldos de armas y agitadores de insignias reales en la consagración de Bonaparte, desempeñarán en la consagración de Carlos X las mismas funciones; y después, comisarios de otro poder, llevarán este rey prisionero a Cherburgo, encontrando apenas un rincón libre en su conciencia para colocar en él su nuevo juramento. Duro es nacer en los tiempos en que la probidad no existe, en estos días en que dos hombres que hablan juntos se estudian en la manera de hablar, por miedo de ofenderse o ruborizarse mutuamente.

Los que no habían podido adherirse a Bonaparte por su gloria, ni por reconocimiento al bienhechor del cual habían recibido sus riquezas, sus honores y hasta sus nombres, ¿se habrían de inmolar ahora a sus indigentes esperanzas? ¿Se encadenarían a una fortuna precaria los ingratos a quienes no fijó una fortuna consolidada por triunfos inauditos y por una posesión de diez y seis años de victorias? Tantas crisálidas que entre dos primaveras se habían despojado y revestido de la piel del legitimista y del revolucionario, del napoleonista y del borbónico; tantas palabras dadas y no cumplidas; tantas cruces pasadas del pecho del caballero a la cola del caballo; tantos prohombres cambiando de bandera y sembrando la liza con sus prendas de fe mentida, tantas nobles damas camareras, sucesivamente, de María Luisa y de María Carolina, no debían dejar en el fondo del alma de Napoleón más que desconfianza, horror y desprecio: este gran hombre envejecido estaba solo en medio de todos estos traidores y hombres de suerte, sobre una tierra vacilante, bajo un cielo enemigo, enfrente de su destino consumado y del juicio de Dios.

Napoleón no había encontrado lealtad más que en los fantasmas de su gloria pasada que le escoltaban, como ya os he dicho, desde el sitio de desembarco hasta la capital de Francia. Pero las águilas, que habían volado de *campanario* en *campanario* de Cannes a París, se posaron cansadas sobre las chimeneas de las Tullerías sin poder ir más lejos.

Bonaparte no se precipita sobre Bélgica con las poblaciones conmovidas, antes que se reuniera en este país un ejército angloprusiano, sino que se detiene intentando negociar con Europa y mantener humildemente los tratados de la legitimidad. El congreso de Viena opone

al duque de Vicenza la abdicación de 11 de abril de 1814, abdicación por la que Bonaparte reconocía que él era el único obstáculo al restablecimiento de la paz en Europa, y, por lo tanto, renunciaba para sí y sus herederos a los tronos de Francia e Italia; y, puesto que vuelve a restablecer su poder, viola manifiestamente el tratado de París, colocándose en la situación política anterior al 31 de marzo de 1814; luego Bonaparte es quien declara la guerra a Europa, y no ésta a Bonaparte. Tales argucias lógicas de procuradores diplomáticos, como ya he advertido a propósito de la carta del señor de Talleyrand, valían lo que podían antes del combate.

La noticia de la llegada de Bonaparte a Cannes se conoció en Viena el 6 de marzo, en una fiesta en que se representaba la asamblea de las divinidades del Olimpo y del Parnaso. Alejandro acababa de recibir el proyecto de alianza entre Francia, Austria e Inglaterra, y vacilando un momento entre las dos noticias, dijo después: «Aquí no se trata de mí, sino de la salvación del mundo.» Y una estafeta conduce a San Petersburgo la orden para que se ponga en marcha la guardia. Los ejércitos, que se retiraban, se detienen, y ochocientos mil enemigos vuelven el rostro hacia Francia. Napoleón se prepara a la guerra, y es esperado en nuevos campos cataláunicos. Dios lo había aplazado para la batalla que pondría fin al reinado de las batallas.

El calor de las alas de la fama de Marengo y Austerlitz había bastado para hacer nacer ejércitos en esta Francia, que no es más que un gran nido de soldados. Napoleón había devuelto a sus legiones sus sobrenombres de *invencible*, *terrible*, *incomparable*: siete ejércitos volvían a tomar el título de ejército de los Pirineos, de los Alpes, del Jura, del Mosela y del Rin, hermosos recuerdos que servían de cuadro a tropas supuestas y a triunfos en esperanza. Un verdadero ejército estaba reunido en París y en Laon; ciento cincuenta baterías, diez mil soldados escogidos, diez y ocho mil marinos ilustrados en Lutzen y en Bautzen, treinta mil veteranos, oficiales y sargentos de guarnición en las plazas fuertes; siete departamentos del Norte dispuestos a levantarse en masa; ciento ochenta mil hombres de la guardia nacional movilizada; cuerpos francos en la Lorena, la Alsacia y el Franco Condado; los confederados ofrecían sus picas y sus

brazos, y París fabricando tres mil fusiles diarios: tales eran los recursos del emperador.

Nosotros, los emigrados, estábamos en la ciudad de Carlos V, como las mujeres de esta ciudad que, sentadas detrás de sus celosías, veían en un espejillo inclinado los soldados que pasaban por la calle. Luis XVIII estaba allí en un rincón, olvidado por completo, y apenas recibía de vez en cuando un billete del príncipe de Talleyrand, algunas líneas del Cuerpo diplomático, residentes cerca del duque de Wellington, y al señor Pozzo di Borgo, Vincent y otros. Un hombre extraño a la política nunca hubiera creído que un impotente, oculto a orillas del Lys, sería puesto sobre el trono por el choque de millares de soldados dispuestos a degollarse; soldados de quienes no era el rey ni el general, que no pensaban en él, y que no conocían su nombre ni su existencia. De dos puntos tan próximos, Gante y Waterloo, jamás el uno pareció tan obscuro, ni tan brillante el otro; la legitimidad yacía en un almacén como un carruaje destrozado.

Nosotros sabíamos que las tropas de Napoleón se acercaban, y sólo teníamos para defendernos nuestras dos pequeñas compañías mandadas por el duque de Berry, príncipe cuya sangre no podía servirnos, porque ya estaba reclamada en otra parte. Mil caballos destacados del ejército francés nos habrían copado en pocas horas. Las fortificaciones de Gante estaban demolidas, y el recinto habría sido tanto más fácilmente forzado, cuanto que la población belga no nos favorecía. La escena de que había sido testigo se renovó, y se preparaban secretamente los carruajes de S. M. *Monsieur* marchó a Bruselas, encargado de vigilar de más cerca los movimientos.

El señor de Blacas se había vuelto cuidadoso y triste, y yo, pobre hombre, le solazaba. En Viena nadie lo atendía; el señor de Talleyrand se burlaba de él, y los realistas le acusaban de ser la causa de la vuelta de Napoleón. Yo era su único apoyo, y encontrándolo frecuentemente en el mercado de los caballos donde trotaba solo, me enganchaba a su lado, y me conformaba a su triste situación. Este hombre, a quien he defendido en Gante y en Inglaterra, a quien defendí en Francia después de los Cien Días y hasta en el prefacio de *La Monarquía según la Carta*, me fué siempre contrario;

esto no sería nada si no hubiese sido un mal para la monarquía. Yo no me arrepiento de mi candidez pasada, pero debo anotar en estas *Memorias* las sorpresas que hicieron a mi juicio y a mi buen corazón.

El 18 de junio de 1815, a mediodía, salí de Gante por la puerta de Bruselas, para terminar mi paseo por el camino real. Llevaba los *Comentarios de César*, y caminaba lentamente, absorto en mi lectura, cuando a una legua más allá de la ciudad creí percibir un ruido sordo; me detuve, y miré al cielo, bastante cargado de nubes, deliberando en mí mismo si continuaría adelante o si me acercaría a Gante, por temor a la tempestad. Apliqué el oído; mas como ya sólo distinguí el ruido del agua entre los juncos y el sonido de un reloj de aldea, proseguí mi camino; aun no habría dado treinta pasos, cuando comenzó de nuevo el rumor, unas veces breve, otras largo y a intervalos desiguales, y otras sólo sensible por una trepidación del aire que se comunicaba a la tierra en aquellas inmensas llanuras. Aquellas detonaciones menos vastas, menos onduladas y unidas que las del rayo, hicieron nacer en mi ánimo la idea del combate. Crucé el camino, me apoyé de pie contra el tronco de un árbol, volviendo el rostro hacia Bruselas, y un viento Sur, que se levantó de pronto, me trajo más distintamente el rumor de la artillería. ¡Aquella gran batalla, todavía sin nombre, cuyos ecos escuchaba yo al pie de un pino, y cuyos funerales desconocidos acababa de tocar un reloj de aldea, era la batalla de Waterloo!

Solitario y silencioso oyente de la formidable sentencia de los destinos, me habría conmovido menos si me hubiera encontrado en el combate: el peligro, el fuego, la baraúnda de la muerte no me hubieran dejado tiempo para meditar; pero solo, bajo un árbol, en la campiña de Gante, como el pastor de los rebaños que pascían alrededor de mí, me agobiaba el peso de las reflexiones. ¿Qué combate era ése? ¿Era definitivo? ¿Bonaparte estaba en él en persona? ¿El mundo, como la túnica de Cristo, era echado a la suerte? Triunfo o derrota del uno o del otro ejército, ¿cuál sería la consecuencia de aquel acontecimiento para los pueblos, la libertad o la esclavitud? Pero, ¿qué sangre se derramaba? Cada rumor que llegaba a mis oídos, ¿no era el último suspiro de un francés? ¿Era aquello un

nuevo Crecy, un nuevo Poitiers, un nuevo Azincourt, de que iban a regocijarse los implacables enemigos de Francia? Si triunfaban, ¿no era perdida nuestra gloria? Si Napoleón vencía, ¿qué sería de nuestra libertad? Aunque el triunfo de Napoleón me abría un destierro eterno, mi corazón se declaraba en este momento por el opresor de Francia, si debía, salvando nuestro honor, arrancarnos a la dominación extranjera.

¿Triunfaba Wellington? ¡La legitimidad entraría de nuevo en París, detrás de aquellos uniformes rojos que acababan de teñirse con sangre francesa! ¡La monarquía tendría por carroza de su consagración las parihuelas de los hospitales llenas de nuestros granaderos mutilados! ¿Qué sería una restauración llevada a cabo bajo tales auspicios...? Esta era una parte muy pequeña de las ideas que me atormentaban; cada cañonazo me causaba un estremecimiento y redoblaba los latidos de mi corazón. A algunas leguas de una catástrofe inmensa, yo no la veía: yo no podía tocar el vasto monumento fúnebre, que crecía por momentos, en Waterloo, como desde la ribera de Boulaq, a orillas del Nilo, extendía vanamente mis manos hacia las Pirámides.

No se veía ningún viajero; y algunas mujeres que sembraban pacíficamente sus legumbres no parecían oír el ruido que yo escuchaba. De pronto aparece un correo, y, abandonando mi árbol, me coloco en medio de la calzada, le detengo, le interrogo. El correo, que pertenecía al duque de Berry y venía de Alost, me dijo: «Napoleón ha entrado ayer (17 de junio) en Bruselas, después de un combate sangriento. La batalla ha debido comenzar hoy de nuevo (18 de junio). Se cree en la derrota definitiva de los aliados, y se ha dado la orden de retirada.»

El correo prosiguió su camino.

Yo lo seguí corriendo, y fui adelantado por el carruaje de un comerciante que huía con su familia y que me confirmó la relación del correo.

En Gante todo era confusión; las puertas se cerraban, dejando sólo entreabiertos los postigos, y los vecinos, mal armados, y algunos soldados, hacían la guardia en ellas. En seguida fui a ver al rey.

Monsieur acababa de llegar por un camino apartado, habiendo salido de Bruselas a la falsa noticia de que Bonaparte iba a entrar en la ciudad, y que una pri-

mera batalla perdida no dejaba la menor esperanza de ganar la siguiente. Contábase que, no habiendo estado en línea los prusianos, los ingleses habían sido destruidos.

Con tales noticias, el *sálvese quien pueda* se hizo general: los que tenían algunos recursos se pusieron en marcha, y yo, que tengo la costumbre de no tener jamás nada, estaba siempre listo y dispuesto. Deseaba deshacerme de mi esposa, gran bonapartista, pero que no gusta de los cañonazos; mas ella no quiso separarse de mí.

Por la tarde hubo consejo con el rey, donde oímos de nuevo las relaciones de *Monsieur* y los *se dice* recogidos en casa del comandante de la plaza o del barón de Eckstein. El carro de las joyas de la corona estaba enganchado; yo no tenía necesidad de carro para llevar mi tesoro. Metí el pañuelo de seda negro que me lo por las noches a la cabeza en mi cartera de ministro de la Gobernación, y me puse a disposición del príncipe con este documento tan importante para los negocios de la legitimidad. Yo era más rico en mi primera emigración, cuando mi maletilla me servía de almohada y de baúl a *Atala*; pero en 1815 era *Atala* una joven alta y desmadejada de trece a catorce años, que corría el mundo sola, y que, para honor de su padre, había hecho hablar mucho de sí.

El 19 de junio, a la una de la mañana, una carta del señor Pozzo, enviada al rey por estafeta, restableció la verdad de los hechos. Bonaparte no había entrado en Bruselas, y decididamente había perdido la batalla de Waterloo. Salió de París el 12 de junio, alcanzó a su ejército el 14, y el 15 forzó las líneas del enemigo sobre el Sambre. El 16 batió a los prusianos en esos campos de Fleurus, donde la victoria ha sido siempre fiel a los franceses, e inmediatamente tomó las aldeas de Ligny y de Saint-Amand. Nuevo triunfo en los Quatre-Bras; el duque de Brunswick quedó entre los muertos, y Blücher, en plena retirada, se replegó sobre una reserva de treinta mil hombres, mandados por el general Bulow: el duque de Wellington, con los ingleses y holandeses, se dirigió a Bruselas.

El 18 por la mañana, antes de los primeros cañonazos, el duque de Wellington declaró que podría sostenerse hasta las tres; pero que a esta hora, si no acudían los prusianos, necesariamente tendría que ser derrotado, porque toda retirada

le era imposible por su posición entre Planchenois y Bruselas; sorprendido por Bonaparte, su posición militar era detestable, y la había aceptado por la necesidad, pero no escogido.

Los franceses tomaron, desde luego, en el ala izquierda del enemigo, las alturas que dominan el castillo de Hougoumont hasta las quintas de la Haye-Sainte y de Papelotte; en el ala derecha atacaron la aldea de Mont-Saint-Jean. La quinta de la Haye-Sainte fué tomada en el centro por el príncipe Jerónimo; pero la reserva prusiana apareció hacia Saint-Lambert a las seis de la tarde, y un nuevo y furioso ataque se dirige contra la Haye-Sainte; Blücher llega con tropas frescas, aislando del resto de nuestras tropas, ya rotas, los cuadros de la guardia imperial. En rededor de esta falange inmortal, el desbordamiento de los fugitivos todo lo arrastra entre torbellinos de polvo, entre el humo ardiente de la metralla, en medio del ensordecedor ruido de trescientas piezas de artillería y del galope precipitado de veinticinco mil caballos; aquélla era como el sumario de todas las batallas del Imperio. Dos veces gritaron los franceses ¡victoria! Dos veces fueron sofocados sus gritos por la presión de las columnas enemigas.

El número de los muertos por parte de los aliados era estimado en diez y ocho mil hombres; doscientos oficiales ingleses habían sucumbido; casi todos los ayudantes de campo del duque de Wellington estaban muertos o heridos, y no hubo en Inglaterra una familia que no vistiese de luto. Los ingleses debieron su victoria a los irlandeses y a la brigada de montañeses escoceses, que no pudieron romper las cargas de nuestra caballería. Ambos ejércitos cruzaron el hierro y el fuego con una bravura y un encarnizamiento que animaba una enemistad nacional de diez siglos. Lord Castlereagh, refiriendo la batalla en la Cámara de los Lores, decía: «Los soldados ingleses y los franceses, después de la lucha, lavaban sus manos ensangrentadas en un mismo riachuelo, y de una orilla a la otra se congratulaban mutuamente por su valor.» Wellington siempre había sido funesto a Napoleón, o más bien el genio rival de Francia, el genio inglés, obstruía el camino de la victoria. Hoy día los prusianos reelaman contra los ingleses el honor de este triunfo decisivo; pero en la guerra no es la acción consumada lo que hace el triunfador, sino el

nombre: no fué Bonaparte quien ganó la verdadera batalla de Jena.

Los franceses cometieron graves faltas, pues equivocaron los cuerpos enemigos con amigos, y ocuparon demasiado tarde la posición de los Quatre-Bras: el mariscal Grouchy, que estaba encargado de detener a los prusianos con sus treinta y seis mil hombres, los dejó pasar sin verlos, y de aquí los cargos que nuestros generales se han dirigido mutuamente. Napoleón atacó de frente, según su costumbre, en vez de envolver a los ingleses, y se ocupó con la presunción del maestro en cortar la retirada a un enemigo que aun no estaba vencido.

Muchas mentiras y algunas verdades bastante curiosas se han dicho sobre esta catástrofe. Las palabras *la guardia muere y no se rinde*, es una invención que ya nadie se atreve a sostener. Parece cierto que al principio de la acción hizo Soult algunas observaciones estratégicas al emperador. «Porque Wellington le ha batido a usted—le contestó secamente Bonaparte—, cree usted siempre que es un gran general.» Al fin del combate Turéna instó a Napoleón para que se retirase, con objeto de no caer en manos del enemigo: Bonaparte se encolerizó al principio, pero, de repente, y en medio de toda su cólera, saltó sobre su caballo, emprendiendo la huida.

REGRESO DEL EMPERADOR. — REAPARICIÓN DE LA FAYETTE. — NUEVA ABDICACIÓN DE BONAPARTE. — SESIONES BORRASCOSAS EN LA CÁMARA DE LOS PARES. — SÍNTOMAS AMENAZADORES PARA LA SEGUNDA RESTAURACIÓN. — PARTIDA DE GANTE. — LLEGADA A MONS. — PIERDO LA PRIMERA OCASIÓN DE HACER FORTUNA EN MI CARRERA POLÍTICA. — EL SEÑOR DE TALLEYRAND EN MONS. — ESCENA CON EL REY. — MI NECIO INTERÉS POR EL SEÑOR DE TALLEYRAND.

El 19 de junio, cien cañonazos de los Inválidos anunciaban los triunfos de Ligny, de Charleroi, de Quatre-Bras: se celebraban victorias muertas la víspera en Waterloo. El primer correo que transmitió a París la noticia de esta derrota, una de las más grandes de la historia por sus resultados, fué el mismo Bonaparte; él entró en las barreras la noche del 21, como para hacer saber a sus amigos que aquel suceso no era más que lo que realmente era. Se instaló en seguida en el

Eliseo Borbón; cuando llegó de la isla de Elba descendió en las Tullerías; estos dos asilos, elegidos instintivamente, denotaban el cambio de su destino.

Vencido en el extranjero en un noble combate, Napoleón fué a sufrir a París los asaltos de los abogados que trataban de aprovecharse de sus desgracias; sintió entonces no haber disuelto la Cámara antes de su marcha al ejército, y cada vez se lamentaba más de no haber hecho fusilar a Fouché y a Talleyrand. Pero lo cierto es que Bonaparte, después de Waterloo, se abstuvo de toda violencia, ya porque obedeciese a la calma habitual de su temperamento, ya porque estuviese dominado por el destino; así no decía ya como en su primera abdicación: «Ya se verá lo que es la muerte de un gran hombre.» Esta frase hubiese sido inoportuna. Antipático a la libertad, pensaba en disolver aquella Cámara de Representantes que presidía Lanjuinais, de ciudadano convertido en senador, luego nombrado par, después vuelto a ciudadano, y de ciudadano otra vez vuelto a par. El general La Fayette, diputado, leyó en la tribuna una proposición declarando la Cámara en permanencia, crimen de alta traición toda tentativa para disolverla, y traidor a la patria y juzgado como tal cualquiera que se declarase culpable (21 de junio de 1815).

El discurso del general empezaba así:

«Señores, cuando por la primera vez después de tantos años elevo mi voz, que los antiguos amigos de la libertad conocen todavía, me siento obligado a hablaros del peligro de la patria...
 ...
 ... Ha llegado el momento de agruparnos en rededor de la bandera tricolor, de la bandera del 89, la de la libertad, la de la igualdad, la del orden público.»

El anacronismo de este discurso produjo el efecto de una ilusión; se creía ver a la Revolución, personificada en La Fayette, salir de su tumba y presentarse pálida y descarnada en la tribuna.

Pero estas mociones de orden, reminiscencias de Mirabeau, no eran sino armas ya enmohecidas sacadas de un viejo arsenal. Si el general reunía noblemente el fin y el principio de su vida, no estaba, seguramente, en su poder soldar los dos eslabones de la rota cadena del tiempo. Benjamín Constant se dirigió a ver

al emperador al Eliseo Borbón, y le encontró en su jardín. La muchedumbre llenaba las avenidas de Marigny, y gritaba: ¡viva el emperador!; grito palpitante nacido en las entrañas populares, y que se dirigía a un vencido. Bonaparte dijo a Benjamín Constant: «¿Qué me deben esos hombres? Nada. Pobres los encontré y pobres los dejo.» Esta hubiera sido quizá la única palabra que le habría salido del corazón, si todavía la emoción del diputado no hubiera engañado su oído. Napoleón, previendo el suceso, se adelantó a la indicación que se preparaban a hacerle, y abdicó para no verse obligado a abdicar. «Mi vida política ha concluido—dijo—; declaro a mi hijo, bajo el nombre de Napoleón II, emperador de los franceses.» Disposición inútil, semejante a la de Carlos X en favor de Enrique V. No se dan coronas sino cuando se poseen, y los hombres anulan el testamento de la adversidad. Además, el emperador no era más sincero al descender del trono la segunda vez que lo había sido en su primera retirada. Así, cuando los enviados franceses fueron a anunciar al duque de Wellington que Napoleón había abdicado, les contestó: «Ya lo sabía hace un año.»

La Cámara de Representantes, después de algunos debates en que Manuel tomó la palabra, aceptó la nueva abdicación de su soberano, pero vagamente y sin nombrar regencia.

Se creó una comisión ejecutiva; el duque de Otranto la presidía, y la componían tres ministros, un consejero de Estado y un general del emperador; éstos eran Fouché, Caulaincourt, Carnot, Quinette y Grenier.

Durante estas transacciones, Bonaparte concentraba las ideas en su cabeza. «Yo no tengo ya ejército—decía—; no tengo más que fugitivos. La mayoría de la Cámara de los Diputados es buena; no tengo contra mí más que a La Fayette, Lanjuinais y algunos otros. Si la nación se levanta, venceremos al enemigo; si en vez de un levantamiento hay discordia, todo está perdido. La nación no ha enviado a los diputados para derribarme, sino para sostenerme. No les temo; hagan lo que quieran: yo seré siempre el ídolo del pueblo y del ejército; si yo pronunciara una palabra, todos acudirían a mi voz. Pero si nos querellamos en vez de entendernos, reproduciremos la suerte del Bajo Imperio.»

Una diputación de la Cámara de Re-

presentantes fué a felicitarle por su nueva abdicación, y respondió: «Os doy las gracias; yo deseo que mi abdicación pueda hacer la felicidad de Francia, pero no lo espero.»

Se arrepintió al punto de su resolución cuando supo que la Cámara de Representantes había nombrado una comisión de gobierno, compuesta de cinco miembros. Entonces dijo a sus ministros: «Yo no abdiqué en favor de un nuevo Directorio; he abdicado en favor de mi hijo; si no se le proclama, mi abdicación es nula y sin valor. No es por cierto presentándose ante los aliados con las orejas bajas y la rodilla en tierra como las Cámaras les obligarán a reconocer la independencia nacional.»

Quejábese de que La Fayette, Sebastiani, Pontecoulant y Benjamín Constant habían conspirado contra él, y que, además, las Cámaras no habían tenido energía.

El 27 de junio, en Malmaison, escribía esta carta sublime: «Al abdicar el poder, yo no he renunciado al derecho más noble del ciudadano; al derecho de defender mi patria. En estas graves circunstancias, ofrezco mis servicios como general, considerándome todavía como el primer soldado de la nación.»

El duque de Bassano le manifestó que la Cámara no estaba en su favor. «Entonces, bien lo veo, es preciso ceder todavía. Ese infame Fouché os ha engañado; sólo Caulaincourt y Carnot valen alguna cosa; pero, ¿qué pueden hacer con un traidor como Fouché dos hombres nulos como Quinette y Grenier, y dos Cámaras que no saben lo que desean! Lo creéis todo, como los imbéciles, creéis las halagüeñas promesas de los extranjeros, y os engañáis.»

Los plenipotenciarios fueron enviados a los aliados. Bonaparte se halló el 29 de junio con dos fragatas estacionadas en Rochefort, para transportarle fuera de Francia; entre tanto se había retirado a Malmaison. Las discusiones eran bastante animadas en la Cámara de los Pares. Antiguo enemigo de Napoleón, Carnot, que firmaba las órdenes de los asesinatos de Aviñón, sin haber tenido tiempo de leerlas, tuvo el necesario, durante los Cien Días, para inmolarse su republicanismo al título de Conde. El 22 de junio había leído en Luxemburgo una carta del ministro de la Guerra, que contenía su informe exagerado sobre los recursos militares de Francia. Ney, recientemente

llegado, no pudo oír este informe sin cólera. Bonaparte, en sus boletines, había hablado del mariscal con un desprecio mal disimulado, y Gourgaud acusó a Ney de haber sido la causa de la derrota de Waterloo. Ney se levantó y dijo: «Ese informe es falso, falso de todo punto. Grouchy no tuvo bajo sus órdenes más que veinte o veinticinco mil hombres todo lo más. Ni un solo soldado de la guardia ha huído. Yo la mandaba; yo la vi morir toda entera, antes que abandonar el campo de batalla. El enemigo está en Nivelles con ochenta mil hombres; puede estar en París dentro de seis días; no os queda otro medio de salvar la patria que abrir negociaciones.»

El ayudante de campo Flahaut quiso sostener la relación del ministro de la Guerra; pero Ney replicó con más vehemencia: «Lo repito, no tenéis otro medio de salvación que las negociaciones. Es preciso que volváis a llamar a los Borbones. Yo, por mi parte, me retiraré a los Estados Unidos.»

Al acabar de pronunciar estas palabras, Lavallette y Carnot dirigieron al mariscal vivas y fuertes reconvenções, a las que él respondió con desdén: «Yo no soy de esos hombres que no miran más que su interés. ¿Qué ganaré con la vuelta de Luis XVIII? Ser fusilado por el crimen de deserción. Pero debo la verdad a mi país.»

En la sesión de la Cámara de los Pares del 23, recordando esta escena, dijo el general Drouot: «He oído con pesar lo que se dijo ayer para disminuir la gloria de nuestras armas, exagerar nuestros desastres y disminuir nuestros recursos. Mi admiración fué tanto mayor, cuanto que estos discursos eran pronunciados por un general distinguido (Ney), quien, por su gran valor y sus conocimientos militares, ha merecido en muchas ocasiones el reconocimiento de la nación.»

En la sesión del 22 estalló una nueva tempestad a consecuencia de la primera. Se trataba de la abdicación de Bonaparte, y Luciano insistía en que se reconociese a su sobrino por emperador. El señor de Pontecoulant interrumpió al orador, preguntando con qué derecho Luciano, extranjero y príncipe romano, se permitía dar un soberano a Francia. «¿Cómo es posible—prosiguió— reconocer por emperador a un niño que reside en país extranjero?»

A esta pregunta, La Bedoyere, agitando delante de su asiento, replicó: «Yo

he oído voces alrededor del trono del soberano feliz, pero se alejan hoy que está en desgracia. Hay gentes que no quieren reconocer a Napoleón II porque prefieren recibir la ley de los extranjeros, a quien dan el nombre de *aliados*.

»La abdicación de Bonaparte es inseparable del reconocimiento de su hijo. Si no se quiere reconocer a éste, aquél debe empuñar de nuevo la espada rodeado de los franceses que derramaron su sangre por él, y que están aún cubiertos de heridas.

»Napoleón será abandonado por los viles generales que ya otra vez le hicieron traición. Pero si se declara que todo francés que deserte de sus banderas quedará cubierto de infamia, que será arrasada su casa y proscripta su familia, entonces se acabarán las traiciones y los manejos que han ocasionado las últimas catástrofes, algunos de cuyos autores se sientan quizá entre nosotros.»

Al oír esto, los Pares se levantaron en medio del mayor tumulto, gritando ofendidos: «¡Al orden; al orden!» «¡Joven, se olvida usted del sitio en que se halla!» exclamó Massena. «¿Cree usted estar aún en el cuerpo de guardia?», decía Lameth.

Todos los presagios de la segunda Restauración fueron siniestros y amenazadores. Napoleón había vuelto a la cabeza de cuatrocientos franceses; Luis XVIII volvía detrás de cuatrocientos mil extranjeros. Bonaparte pasó cerca del mar de sangre de Waterloo para dirigirse a su sepultura de Saint-Denis.

Al mismo tiempo que se adelantaba así la legitimidad, resonaban las interpeleciones de la Cámara de los Pares, y había en ellas algo de las terribles escenas revolucionarias de los funestos días de nuestras desgracias, cuando el puñal circulaba en el tribunal entre las manos de las víctimas. Algunos militares, cuya lamentable fascinación había causado la ruina de Francia, procurando la segunda invasión del extranjero, debatían aún sus querellas en los umbrales del palacio, y su desesperación profética, sus movimientos, sus palabras sepulcrales parecían anunciar una triple muerte: muerte para ellos mismos, para el hombre que habían bendecido, y para la raza que habían proscripto.

Mientras que Bonaparte se retiraba a Malmaison con el Imperio finado, nosotros salíamos de Gante con la monar-

quía renaciente. Pozzo se apresuró a escribir a Luis XVIII que emprendiese su marcha y llegase pronto; si quería reinar, antes de que estuviese ocupado su puesto. A este aviso debió el monarca su corona en 1815.

En Mons perdí la primera ocasión de hacer fortuna en mi carrera política. Yo era mi mayor obstáculo para ella, y tropezaba siempre en mi camino conmigo mismo. En esta ocasión mis *cualidades* me jugaron la mala pasada que podrían haberme jugado mis defectos.

El señor de Talleyrand, lleno de orgullo por unas negociaciones que le habían enriquecido, pretendía haber hecho a la legitimidad los mayores servicios, y quería dominar la situación. Le extrañaba que no se hubiese seguido para la vuelta a París el camino que él había trazado, y su descontento fué mucho mayor al volver a encontrar al señor de Blacas con el rey. Talleyrand consideraba al señor de Blacas como el azote de la monarquía; pero no era éste el verdadero motivo de su aversión, sino que veía en él al favorito, y, por consiguiente, un rival: también temía a *Monsieur*, y se había indignado cuando quince días antes éste le había hecho ofrecer su palacio sobre el Lys. Pedir el alojamiento del señor de Blacas era muy natural; exigirlo, era acordarse demasiado de Napoleón.

El señor de Talleyrand entró en Mons cerca de las seis de la tarde, acompañado del abate Louis: el señor de Ricé, el señor de Jaucourt y algunos otros comensales salieron a su encuentro. Demostrando un mal humor que jamás se le había observado, el mal humor de un rey que juzga desconocida su autoridad, rehusó al principio ir a casa de Luis XVIII, respondiendo a los que le instaban para ello con su frase de ostentación: «Jamás tengo prisa; tiempo habrá mañana.» Fuí a verle, y me hizo todas aquellas caricias con que seducía a los ambiciosos y a los necios importantes. Me cogió el brazo, y apoyándose sobre él, me habló bastante rato; familiaridades de gran favor, calculadas para trastornarme la cabeza, pero que eran enteramente inútiles conmigo, porque ni las comprendía siquiera. Yo le invité a ir a casa del rey, donde me dirigía.

Luis XVIII estaba muy triste: se trataba de separar al señor de Blacas, quien no podía entrar en Francia, porque la opinión estaba pronunciada contra él. Aunque yo tuviera motivos de queja de

la conducta observada conmigo en París por el favorito, no le manifesté en Gante ningún resentimiento. El rey había agra-decido mi proceder, y en su enternecimiento me trató admirablemente. Ya le habían referido lo que decía el señor de Talleyrand: «Se jacta—me contestó—de haberme colocado por segunda vez la corona sobre la cabeza, y me amenaza con volverse a Alemania. ¿Qué pensáis de ello, Chateaubriand?» «Creo que se ha informado mal a V. M. — le respondí—: Lo único que tiene el señor de Talleyrand es cansancio; pero si el rey consiente en ello, yo iré a casa del ministro a decirle que venga.» Pareció muy satisfecho de esta contestación, pues gustaba muy poco de intrigas, y deseaba su tranquilidad, aun a expensas de sus afecciones.

El señor de Talleyrand, rodeado de aduladores, estaba más encolerizado que nunca. Le hice presente que en un momento tan crítico no podía pensar en alejarse. Pozzo le habló en el mismo sentido, y aunque no le tuviera la menor inclinación, gustaba entonces de verle metido en los negocios; además le suponía en favor con el zar. No conseguí nada del señor de Talleyrand, porque los que rodeaban al príncipe combatían mis indicaciones, y hasta el mismo señor Mounier pensaba que el señor de Talleyrand debía retirarse.

Volví, pues, cerca del rey, donde hallé al señor de Blacas, y dije a S. M., para excusar a su ministro, que estaba enfermo, pero que, seguramente, al día siguiente tendría el honor de hacer la corte al rey. «Que haga lo que guste — replicó Luis XVIII—; a las tres me marchó.» Después añadió con tono afectuoso estas palabras: «Voy a separarme del señor de Blacas, y su puesto queda vacío, señor de Chateaubriand.»

Esto era abrirme las puertas de la fortuna. Sin ocuparse más del señor de Talleyrand, un político hábil habría hecho enganchar sus caballos para seguir o preceder al rey. Yo cometí la torpeza de quedarme en mi posada.

El señor de Talleyrand, no pudiendo persuadirse de que el rey se marchara, se había acostado; a las tres se le despertó para decirle que el rey iba a partir, y al pronto dudó de lo que oía. «¡He sido burlado, vendido!» exclamó al fin. Levantóse de la cama, y vedle aquí, por la primera vez de su vida, en la calle a las tres de la mañana, apoyado en el

brazo del señor de Ricé. Llega así al palacio del monarca cuando los dos primeros caballos del tiro tenían ya la mitad del cuerpo fuera de la puerta cochera. Se manda detener al postillón, y preguntando el rey qué es aquello, le contestan: «Señor, es el señor de Talleyrand.» «Está durmiendo», dijo Luis XVIII. «Está aquí, señor.» «Vamos», respondió el rey. El carruaje retrocede, se abre la portezuela, baja el rey, y entra arrastrándose en su aposento, seguido del ministro, cojeando también. Una vez allí, el señor de Talleyrand, lleno de cólera, empieza una explicación; S. M. le escucha, y le responde: «Príncipe de Benevento, nos dejáis, ¿no es esto? Las aguas os sentarán bien: no olvidéis darnos noticias vuestras.» El monarca deja al príncipe desconcertado, se hace conducir de nuevo al carruaje, y se marcha.

El señor de Talleyrand rabiaba de cólera; la sangre fría de Luis XVIII le había confundido. ¡El, Talleyrand, que se preciaba de tener tanta sangre fría, ser batido en su mismo terreno, verse plantado en medio de la plaza en Mons, como el hombre más insignificante! No acertaba a volver en sí. Permanece mudo, ve alejarse el carruaje, y luego, cogiendo al duque de Levis por un botón de su gabán, le dijo: «Vaya, señor duque; vaya usted a decir cómo se me trata. Yo he vuelto a colocar la corona sobre la frente del rey (Talleyrand hablaba siempre de esta corona), y me marchó a Alemania a comenzar una nueva emigración.»

El señor de Levis escuchaba distraído, y alzándose sobre las puntas de los pies, contestó: «Príncipe, voy a partir; es necesario que haya al menos un gran señor con el rey.»

El señor de Levis subió a un carruaje de alquiler que conducía al canciller de Francia, y las dos grandezas de la monarquía *Capeto* se reunieron así, la una al lado de la otra, a partir gastos, en una especie de cuévano merovingio.

Yo había rogado al señor Duras que trabajara en favor de una reconciliación y que me diese noticias de lo que adelantase: «¡Qué! — me había dicho Duras—, ¡permanece usted aquí, después de lo que le ha dicho el rey!» Por su parte, el señor de Blacas, al marcharse de Mons, me dió gracias por el interés que yo le había manifestado.

Volví a ver al señor de Talleyrand, y lo encontré muy apesadumbrado de no

haber seguido mis consejos, y de haberse negado con la terquedad de un subterfugio calavera a ir a casa del rey; sentía que las negociaciones se llevaran a cabo sin su intervención, y no poder participar del poder político y de los manejos de dinero que se preparaban. Le dije que, aunque difería de su opinión, quedaba tan afecto a él como un embajador a su ministro, y que, por otra parte, ya tenía amigos cerca del rey y esperaba bien pronto saber algo bueno. El señor de Talleyrand, inclinándose sobre mis hombros, me manifestó una verdadera ternura, y en aquel momento me consideraba ciertamente como un gran hombre.

No tardé en recibir un billete del señor de Duras; me escribía desde Cambrai que el asunto estaba arreglado, y que el señor de Talleyrand iba a recibir la orden de ponerse en camino: esta vez no dejé de obedecer el príncipe.

Del mismo Mons, y en medio de todas sus dificultades, fué de donde el príncipe de Benevento mandó a Nápoles al señor de Perray a percibir los millones de uno de sus tratos de Viena. El señor de Blacas marchaba al mismo tiempo con la embajada de Nápoles en su bolsillo, y los millones que el generoso desterrado de Gante le había dado en Mons. Yo me había sostenido en relaciones amistosas con el señor de Blacas, precisamente porque todo el mundo le detestaba; yo había obtenido la amistad del señor de Talleyrand por mi fidelidad a un capricho de su carácter; el rey me había llamado positivamente cerca de su persona, y yo cometí la torpeza de no aceptar el favor del rey: era, pues, muy justo que recibiese la recompensa de mi estupidez, y que fuese abandonado de todos por haberlos querido servir. Regresé a Francia sin tener con qué pagar los gastos del viaje, mientras que llovían tesoros sobre los desgraciados. Bien merecía aquella lección. Está muy bien convertirse en caballero pobre, cuando todo el mundo está repleto de oro; pero para esto no es necesario cometer faltas tan enormes como las mías. Si hubiese seguido al lado del rey, la combinación del ministerio Talleyrand y Fouché se habría hecho casi imposible, y al comenzar la Restauración por un ministerio moral y honroso, todas las combinaciones del porvenir podían haber cambiado. La indiferencia con que yo consideraba mi persona me engañaba sobre la importancia de

los hechos: la mayor parte de los hombres tiene el defecto de darse demasiado valor, yo, en cambio, tengo el de no darme bastante. Me envolví, pues, en el desdén habitual de mi suerte; pero habría debido ver que la fortuna de Francia se hallaba ligada en aquel momento a la de mi insignificante destino. Este fué uno de esos enredos históricos que se ven con tanta frecuencia.

DE MONS A GONESSE. — ME OPONGO CON EL CONDE BEUGNOT AL NOMBRAMIENTO DE FOUCHÉ COMO MINISTRO. — MIS RAZONES. — EL DUQUE DE WÉLLINGTON. — ARNOUVILLE. — SAINT-DENIS. — ÚLTIMA CONVERSACIÓN CON EL REY.

Salí al fin de Mons, llegando a Cateau-Cambresis, donde me alcanzó el señor de Talleyrand: teníamos el aspecto de ir a rehacer el tratado de paz de 1559 entre Enrique II de Francia y Felipe II de España.

En Cambrai nos encontramos con que el marqués de La Suze, mariscal aposentador del tiempo de Fenelón, había dispuesto de los billetes de alojamiento de la señora de Levis, de mi esposa y del mío: nos quedamos en la calle en medio de los fuegos de artificio y de la multitud que circulaba en rededor nuestro, y de los habitantes que gritaban: ¡viva el rey! Habiendo sabido un estudiante que yo estaba allí, nos condujo a la casa de su madre.

Los amigos de las diversas monarquías de Francia empezaban a aparecer: no venían a Cambrai para la liga contra Venecia, sino para asociarse contra las nuevas constituciones, y acudían a poner a los pies del rey sus fidelidades sucesivas y su odio a la Carta, pasaportes que juzgaban indispensables para con *Monsieur*.

El 23 de junio apareció la declaración de Cambrai, en la cual decía el rey: «Yo no quiero alejar de mi persona sino a esos hombres cuya fama es objeto de dolor para Francia y de espanto para Europa.» ¡Ya lo veis, el nombre de Fouché era pronunciado con gratitud por el pabellón Marsán! El monarca se refa de la nueva pasión de su hermano, y decía: «No le ha venido por inspiración divina.» Ya os he contado que atravesando a Cambrai después de los Cien Días, en vano busqué la habitación donde viví cuando estaba en el regimiento de Navarra, y el café a que concurría con La

Martinière: todo había desaparecido con mi juventud.

De Cambrai fuimos a dormir a Roye: la dueña de la posada tomó a mi esposa por la señora Delfina, y fué llevada en triunfo a una sala donde había servida una mesa de treinta cubiertos. La posadera no quería recibir paga alguna, y decía: «Yo me miro con malos ojos por no haberme hecho guillotinar por nuestros reyes.» ¡Última chispa de un fuego que había animado a los franceses durante tantos siglos!

El general Lamothe, cuñado del señor Laborie, fué enviado por las autoridades de la capital para instruirnos de que nos sería imposible presentarnos en París sin la escarapela tricolor. El señor de La Fayette y otros comisionados iban de estado mayor en estado mayor mendigando cerca de extranjeros un señor cualquiera para Francia: según la elección de los cosacos, cualquier rey sería bueno con tal de que no descendiese de San Luis ni de Luis XIV.

En Roye se celebró consejo: El señor de Talleyrand nos leyó una memoria, donde examinaba el partido que debería tomarse, y en la que aventuraba algunas palabras sobre la necesidad de admitir indistintamente a todo el mundo a todos los destinos, dando a entender que se podría llegar generosamente hasta los jueces de Luis XVI. El rey se encendió y exclamó golpeando con sus dos manos los brazos del sillón: «¡Jamás!» Este jamás se convirtió en veinticuatro horas.

En Senlis nos presentamos en casa de un canónigo, cuya criada nos recibió como a perros. En cuanto al dueño, que no era San Rieul, patrón de la ciudad, ni siquiera quiso mirarnos. Su ama tenía orden de no prestarnos más servicio que el de comprarnos la comida por nuestro dinero. Sin embargo, Senlis hubiera debido sernos de buen agüero, porque en esta ciudad fué donde Enrique IV se salvó de manos de sus carceleros en 1576. «Sólo siento — exclamaba al escaparse el rey, compatriota de Montaigne— dos cosas que he dejado en París: la misa y mi mujer.»

De allí nos trasladamos a la cuna de Felipe Augusto, de otro modo Gonesse: al acercarnos a la aldea vimos dos personas que se adelantaban hacia nosotros: eran el mariscal Macdonald y mi fiel amigo Hyde de Neuville, quienes pagaron nuestro coche y nos preguntaron dónde estaba el señor de Talleyrand. Ninguno

na dificultad tuvieron en decirme que le buscaban a fin de informar al rey que S. M. no debía pensar en regresar a París antes de haber tomado a Fouché por ministro. La inquietud me acometió, pues a pesar de la manera con que el monarca se había pronunciado en Roye, yo no estaba muy tranquilo. «Cómo, señor mariscal — le pregunté—: ¿es cierto que no podemos volver sino con tan duras condiciones?» «A fe mía, señor vizconde — me contestó el mariscal—, que no estoy bien convencido de ello.»

Luis XVIII se detuvo dos horas en Gonesse. Yo dejé a mi esposa en medio del camino en su coche, y acudí a consejo al corregimiento. Se puso a deliberación una medida de la que debía depender la suerte futura de la monarquía. La discusión se entabló, y yo sostuve, solo con el señor Beugnot, que en ningún caso debía admitir el monarca en sus consejos a Fouché. El rey escuchaba, y yo comprendía que de buena gana hubiera cumplido la palabra de Roye, pero estaba dominado por *Monsieur* y apremiado por el duque de Wellington.

En un capítulo de la *Monarquía según la Carta*, reasumí las razones que hice valer en Gonesse. Estuve animado, y la palabra hablada tiene un poder que se debilita en la palabra escrita: «En todas partes donde hay abierta una tribuna— dije en este capítulo—, nadie que pueda estar expuesto a cargos de cierta índole, debe ser colocado a la cabeza del gobierno, pues un discurso, una palabra obligaría a semejante ministro a presentar su dimisión al salir de la Cámara. Esta imposibilidad que resulta del principio libre de los gobiernos representativos, fué la que no se conoció cuando todas las ilusiones se reunieron para elevar a un hombre famoso al ministerio, no obstante la repugnancia demasiado fundada de la corona. La elevación de este hombre había de producir una de estas dos cosas: o la abolición de la Carta, o la caída del ministerio a la apertura de las sesiones. Representémonos al ministro a quien me refiero, escuchando en la Cámara de Diputados la discusión sobre el 21 de enero, pudiendo ser apostrofado a cada instante por el gran diputado de Lyon y siempre amenazado por el terrible *Tu es ille vir!* Los hombres de esta naturaleza no pueden ser empleados ostensiblemente sino con los mudos del serrallo de Bayaceto o con los mudos del Cuerpo legislativo de Napoleón. ¿Qué se-